

tear esos lujos, si no es más prudente ir economizando y reuniendo fuerzas y robustecer el poder político conforme nuestros ideales vayan necesitando un instrumento de acción más poderoso.....

Don Adolfo comenzó á comprender; y como, no obstante su adhesión al régimen constitucional, él en su interior era absolutista, no pudo contenerse y exclamó:

—Luego entonces este régimen de ahora no es definitivo.....

—No hay nada definitivo en el mundo, señor Gandaria, y nuestro sistema parlamentario, lejos de ser definitivo, está ya deseando que le den un puntapié y lo quiten de en medio. Ya le he dicho á usted que los problemas políticos me interesan menos que los astronómicos; así, pues, yo hablo sin encono, con absoluta imparcialidad é independencia, y le aseguro á usted que es mi convicción íntima que nuestro período de devaneo parlamentario no durará un siglo entero. Nuestro gobierno natural es un gobierno fuerte y duro, como nuestro temperamento; la filantropía democrática nos parece una degeneración de nuestro carácter, puesto que nosotros, quién más, quién menos, todos somos reyes en nuestra casa y para nuestro fuero interno, y nos gusta que el rey ó gobernador, ó lo que sea dél país, lo sea de verdad, para, si llega el caso, lucirnos haciéndole bajar la cabeza. El tipo que más entusiasmo á nuestro pueblo es el de un

hombre que, como el Cid, trata al rey de potencia á potencia; pero tales caracteres sólo se forman cuando los reyes lo son de cuerpo entero é inspiran admiración ó temor. Si el rey es un funcionario reglamentado como los demás, los ciudadanos serán borregos esquilados, y el poder nacional, disgregado y disperso, sólo se mostrará en actos mezquinos de autoridades enanas, cuyos desafueros, cuando los cometen, sólo son merecedores de que se los castigue con un cogotazo. Por esta razón, en cuanto nosotros recobremos nuestro perdido vigor espiritual con sus naturales creces, hemos de querer un gobierno á nuestra semejanza, y el régimen de hoy se hundirá sin que haya tiempo para componerlo, ni siquiera para apuntalarlo.

—Magnífico—exclamó D. Adolfo, conteniéndose para que no se le saltaran de gusto las lágrimas.—Si fueran esas las ideas de nuestra juventud, habríamos entrado en el buen camino para regenerar á nuestra patria.

—Idealismo y fuerza—dijo Pío Cid.—Este debía ser el lema de esa juventud, pues debajo de esos conceptos anchura hay para que todos se muevan, sin romper los vínculos comunes con que nos enlaza la tierra que nos sustenta, y el cielo, bajo el cual hemos nacido, y la tradición intelectual que á todos nos ha amamantado, cuando antes de pensar por cuenta propia aprendíamos á pensar en las obras magistrales de nuestra lengua.

—Idealismo y fuerza—repitió D. Adolfo.

—Y catolicismo—agregó D.^a Fernanda, impaciente,—y catolicismo.

—Eso por de contado—dijo su esposo. Y luego añadió:—Dispense usted, señor Cid, que tenga que retirarme; pero no me gusta que me esperen mucho. Espero que esta conversación agradabilísima no será la última.....

Y con los usuales cumplimientos se marcharon los esposos, y se quedaron Adolfo y Consuelo con Pío Cid, hablando del mismo tema político por no hallar otro á mano en aquel instante, hasta que Consuelo, dirigiéndose á Pío Cid, le preguntó:

—¿Es cierto lo que me ha dicho Adolfo, que usted adivina el carácter de las personas por la escritura?

—No quisiera dejar á su señor hermano por embustero—contestó Pío Cid;—pero lo de adivinar es de su cosecha. Hay personas que adivinan, y otras que analizan la escritura, y muchas que explotan la credulidad humana; yo no soy adivino ni analizador, y le ruego á usted que no crea en la mayor parte de los descubrimientos de la grafología. Lo que hay de verdad en eso es que alguno de los rasgos del carácter personal se reflejan en la escritura espontánea, y cuando se ha leído mucho y se tiene gran experiencia y hábito, se acierta á ver en un autógrafo, como en un retrato, muchas de las cualidades morales del autor ó del modelo.

—Para el caso viene á ser lo mismo—dijo la joven.—Le he hecho la pregunta porque tengo gran interés en que usted me diga su opinión sobre el carácter de letra de cierta persona.

—Como usted quiera; yo le diré sinceramente mi impresión, advirtiendo desde luego que puedo equivocarme—dijo Pío Cid.

—Pues voy por las cartas—dijo Consuelo; quien volvió á poco con una cajita japonesa.

Adolfo se levantó diciendo:

—Mientras usted analiza esos importantes documentos voy á salir un minuto, que ahora recuerdo algo que se me había olvidado.

—Pero Adolfito—insinuó su hermana,—eso no es muy formal que digamos.

—Dispénsame—replicó Adolfo;—pero es un asunto que no puedo aplazar..... Vuelvo sin tardanza. Y salió disparado, mientras Pío Cid decía:

—Se podría asegurar que esta es la hora en que el joven Adolfo espera ver á la señora de sus pensamientos. Hay que ser tolerante con los arrebatos juveniles, puesto que todos hemos pasado por ello..... Es decir, yo no he pasado, y bastante me pesa; pero usted se halla en la mejor edad para comprender.....

—No lo crea usted: soy yo más vieja que parezco—dijo Consuelo, sentándose con un movimiento elegantísimo en el borde de un diván como amazona que monta á caballo.

Pío Cid la observó rápidamente y replicó:

—¿Tendrá usted dieciocho años?

—De cuerpo —asintió la joven;—pero ¿y de espíritu?

—De espíritu —contestó Pío Cid, sonriendo—doce ó trece.

—¿Eso cree usted? —preguntó Consuelo, sonriendo también, entre halagada y ofendida.

—Hay en usted —afirmó Pío Cid—cierta apariencia de mujer dueña de sí, experimentada si se quiere; pero yo la atribuyo á que usted tiene movimientos varoniles, sueltos y vigorosos, como de quien ejercita mucho las fuerzas en la equitación ó la gimnasia.

—¿Me ha visto usted pasear á caballo?—preguntó Consuelo.

—No la he visto —respondió Pío Cid;—pero se la conoce á usted muy bien el aire de amazona, así como que, á pesar de ese aire y de su deseo de echarse años encima, es usted todavía una niña.

—Gracias por el cumplido—dijo Consuelo con gravedad cómica.—Ya me figuro á usted con las disciplinas ó con la palmeta castigándome cuando no dé bien la lección.

—No sería ese el castigo que yo le daría á usted—dijo Pío Cid en el mismo tono,—sino que inventaría otro que le hiciese más mella y que á mí no me pusiera en ridículo.

—¿Cuál?—preguntó Consuelo.

—¿Cómo voy á decirlo si aún no ha caído usted en falta?—contestó Pío Cid.

—Pues suponga usted que estoy distraída y no atiendo—dijo la joven, abriendo la cajita japonesa y revolviendo las cartas que en ella había sin mirarlas, sólo por fingir la distracción.

—Lo supongo—contestó Pío Cid,—y la castigo á no saber hoy lo que iba á decirle examinando esas cartas, y además á rezar la letanía, arrodillada delante de la imagen de su devoción.

Consuelo oyó sorprendida aquella peregrina ocurrencia, y miró á Pío Cid de arriba á abajo con extrañeza y con miedo. Lo que ella menos esperaba de aquel hombre era que le impusiese, ni en broma, la penitencia que le imponía; así no supo qué contestar y dejó que Pío Cid explicara su idea. El cual, después de un breve silencio, añadió:

—Veo que le suena á usted á extravagancia el castigo que le he impuesto, y que á mí me parecía el más natural; porque apenas la vi á usted adiviné que su espíritu es muy religioso, aunque á ratos lo distraen ciertas aficioncillas profanas; y como yo quería que mi castigo fuese muy ligero, me dije: pongamos una pena suave en el capítulo de las cosas mundanas, y compensémosla con algún ejercicio piadoso. La intención, como usted ve, era buena.....

—Lo que me ha sorprendido, le seré á usted franca—dijo Consuelo,—no es lo que me ha dicho usted, sino que sea usted quien me lo diga. Cierta persona que no he de nombrar

me había hablado de usted antes de que Adolfo le conociera, y me había dado á entender que no era usted nada devoto.

—Tan pequeño como soy—dijo Pío Cid, eludiendo la cuestión,—y tan oculto como vivo, y, sin embargo, hay quien habla de mí, y con usted.

—Todo se sabe, amigo mío, todo se sabe—añadió Consuelo en son de reprimenda;—y quien me habló de usted le conoce á usted á fondo, y quizás haya tenido con usted algo más que conocimiento y aun que amistad.

—Eso nada tiene de extraño—dijo Pío Cid, porque yo no tengo conocimiento ni amistad con nadie, aunque á algunos les llamo conocidos ó amigos. El único sentimiento que yo soy capaz de sentir es el amor, y losiento por cuantas personas conozco. Los demás sentimientos son gradaciones ridículas, engendradas por la jerarquía social. Si la fraternidad humana estuviera en todos los corazones, sólo existiría el amor más ó menos vehemente, según la intimidad de las relaciones, pero sin que pudiera hallarse diferencia esencial entre el amor que inspira el pobre mendigo que va por la calle pidiendo limosna y el que se tiene á la mujer que es madre de nuestros hijos. ¿No es triste que por conveniencias sociales no pueda yo decirle á usted que la amo, y tenga que valerme de subterfugios para expresar una simpatía ó atracción que nada tiene de ofensiva ni pecaminosa?

—Ese es el ideal cristiano—dijo Consuelo, confusa ante el atrevimiento con que Pío Cid le había dirigido una declaración de amor que podía tomarse en varios sentidos.

—Diga usted mejor—observó Pío Cid—que es el ideal humano, y que es un ideal fácil de conseguir. No crea usted que yo le hablo así con vanidad ó con afectación, puesto que, para mí, hacer las cosas como las hago es también comodidad y conveniencia. Mi manera de entender el amor es vulgarísima y no exige más que una condición generosa: la de no pensar nunca utilizar en nuestro provecho á nuestros semejantes. Yo sé de un jefe administrativo muy ceremonioso que tiene estudiadas veinte fórmulas para recibir á las personas que van á hablarle, según la categoría de cada una; yo no he podido aprender más que una fórmula, y con trabajo; para mí todas las personas tienen igual categoría, porque no deseo representar nada, ni busco el favor de nadie, ni conozco á nadie más que por sus obras. Lo mismo pasa en el amor: hay quien admite muchos grados, porque considera á las personas según su interés personal, su egoísmo. ¡Cuánto más sencillo y hasta cómodo no es medirlos á todos con el mismo rasero, y después unirse más estrechamente con quienes necesitan de nuestro consejo ó de nuestro apoyo! Yo tengo miedo á conocer caras nuevas, porque creo que los hombres somos más bien malos que buenos, y más bien

tontos que discretos; mas puesto en el trance de conocer á alguien, le tomo por inmejorable y discretísimo, y me encariño á seguida con él, y le trato con intimidad si comprendo que puedo serle útil. Y me ha ocurrido más de una vez que, sin buscarlas, he recibido atenciones que otros ansían y reclaman cometiendo grandes bajezas para obtenerlas. De suerte que mi conducta no tiene mérito porque no me cuesta ningún sacrificio; al contrario, soy feliz, y ni siquiera doy importancia á la felicidad.

—Es usted el único—dijo Consuelo—á quien he oído declararse feliz.

—Y Vd. podría serlo—indicó Pío Cid—sólo con seguir su natural inclinación. Usted se deja llevar de ciertas frivolidades y parece, si yo no me equivoco, una joven aturdida y caprichosa. Los jóvenes que en sociedad la galantean le dirán que es graciosísima y ocurrente. Y si celebran sus encantos, se fijarán en todos los que usted tiene menos en el que más vale.

—¿Cómo se van á fijar?—preguntó Consuelo.—Yo soy una de tantas. No espantaré por mi fealdad; pero tampoco tengo nada que llame la atención.

—Pero nó me negará usted—insistió Pío Cid—que algún jovenzuelo le habrá echado algunas flores. Y si ha tenido confianza habrá dicho que tiene usted la nariz muy mona y picaresca, y con un gestillo travieso que da que pensar.

—¡Ay, si le oyera á usted Gonzalito!—exclamó Consuelo, sin poder contener la risa.

—¿Ve usted como Gonzalito no podía faltar?—observó Pío Cid.—Y de la boca le habrá dicho á usted que revela mucha pasión, como es la verdad. Y luego le habrá hablado del talle largo y fino, y de la mano elegante y de la espléndida cabellera. De todo le habrá hablado con acierto menos de los ojos, porque esto es lo que tiene usted más personal y lo que hace de usted una verdadera mujer, muy diferente de las marimachos que hoy abundan, y que son las únicas que pueden vivir á gusto en nuestra falseada sociedad.

—¿Pero qué es lo que tienen mis pobres ojitos?—preguntó Consuelo con aire humilde.

—Tienen la gravedad y la tristeza que hay en usted—contestó Pío Cid.—En usted hay dos personas: una toda usted, alegría, travesura, versatilidad y una pizca de malicia; otra, sus ojos, que son modestia, seriedad y ciertos asomos de misticismo. Por esto al verla yo me he puesto de parte de sus ojos, que son lo que más vale, y le impuse la penitencia de la letanía.....

Adolfo entró de repente y la conversación quedó interrumpida. Consuelo se levantó diciendo:

—Voy á dejar la caja; otro día seguiremos nuestras adivinaciones.

—He llegado tarde—dijo Adolfo sentándose, y cuando volvió Consuelo comenzaron á

hablar del tiempo y del modo de saludar, entrar y salir y demás operaciones elementales de que podían hablar en inglés ambos principiantes.

Aquella noche Consuelo estuvo muy preocupada, sin acertar á explicarse cómo tenía ella ya un secreto á medias con Pío Cid, á quien conocía de unos cuantos minutos, y cómo había sido ella la que había mentido para que su hermano no se enterase de una conversación que nada tenía de particular. Lo que más la impresionó fué lo que dijo Pío Cid de los ojos, y varias veces se miró al espejo para examinarse á sus anchas. Lo cierto es—pensaba al acostarse—que este hombre, que parece tosco y que luego es un finísimo caballero, ha sido el único que se ha fijado en mis ojos, que es lo que yo he apreciado siempre más en mí. Todos me han hablado de la boca encendida y del respingullo de la nariz; pero esto abunda más que la peste; y lo que á mí me parecía siempre que valía algo eran los ojos, pequeñillos como son y todo. Y lo más raro es que un hombre de quien Rosita me habló poniendo la cruz, me haya aconsejado rezar la letanía. Parece cosa de burla..... En fin, otro día veré más claro lo que esto quiere decir. Gracias que no hay peligro en estas confidencias, porque el profesor no parece mala persona, y luego podía ser mi padre por sus años.

Se arrodilló delante de una imagen de

Nuestra Señora de la Almudena y rezó la letanía con devoción; pues aunque no tenía costumbre de rezar por la noche, era muy aficionada á las cosas de la Iglesia, y entre el deseo de no obedecer y el de aquietar su conciencia, triunfó éste. No rezó como una niña obediente, sino porque el ser desobediente le parecía una ofensa y casi un desprecio á la Virgen de su devoción. Pero después del rezo y antes de dormirse, murmuraba:

—Explíquese como se explique, la verdad es que yo no he rezado nunca la letanía por las noches, y que esta noche la he rezado porque me lo han impuesto de penitencia. Y no me la ha impuesto ningún sacerdote, aunque confieso todos los meses, sino un hombre, un desconocido, que por noticias de Rosita era cosa de persignarse al verle.

En las lecciones sucesivas Adolfo pretextaba, unas veces al principio, otras al medio, salir un instante; otras llegaba tarde, y siempre se arreglaba de modo que su hermana y Pío Cid podían hablar á solas, de lo que Consuelo no se disgustaba. No lo hacía Adolfo ciertamente por dejarlos solos, sino porque, á pesar de sus protestas, cuando Consuelo le adivinó la intención, estaba medio trastornado desde que dió en pensar en Martina, y en que ésta, según decían, no estaba casada con el que aparecía cómo su marido. Salía resuelto á llegar á casa de Martina cuando Pío Cid estuviera ausente para ver si podía insi-

nuar sus amorosos sentimientos, y cuando más, se atrevió á subir hasta el primer piso.

—Esto no es noble—decía;—Pío Cid es un amigo, y aunque Martina sea la mujer más asombrosa que yo me he echado á la cara en todos los días de mi vida, y aunque yo esté encaprichado como un majadero, hay que tener firme la cabeza. No es posible que yo esté enamorado; esto es un arrebatillo que pasará. Después de todo, la dichosa Martina es una fiera. Una vez nada más me permití decirle una frase amable, de esas que me duele la boca de decir á mis amigas, y me miró con unos ojos que por poco me tira de espaldas. Pío Cid la habrá encariñado con la vida que lleva, y aunque yo le ofreciera un palacio, creo que me daría con la puerta en las narices. A esta mujer hay que entrarle por el ojo, y lo que haga lo hará por amor. Y vaya usted á ver cómo la voy yo á enamorar, estando por medio un hombre que siente la grama nacer..... La frase es suya. Nada, paciencia y dar tiempo al tiempo.

Después de estas y otras análogas reflexiones volvía á su casa, interrumpiendo las conversaciones cada día más íntimas de su hermana y Pío Cid, quien en breve fué para Consuelo un consultor con quien tenía más confianza que con su misma madre. Y lo más extraño era que la joven tenía confianza porque veía en Pío Cid un amigo, tan desajeno de todo lo que le oiese á amoríos, que se po-

día hablar con él como con un confesor; y, sin embargo, raro era el día que no le sacaba á barrera con preguntas imprudentes:

—¿Sabe usted quién fué quien me habló de usted antes de que yo le conociera? ¿No recuerda usted á Rosita Suárez?

—Claro que la recuerdo—contestó Pío Cid, —y le estoy agradecido por el bien que hizo á mi pobre hermana.

—Sólo que ella—insinuaba Consuelo—no sabía que estuviera usted casado. Se casaría usted hace poco.

—El 1.º de Febrero; pronto hará tres meses—contestaba Pío Cid, el cual en esto no mentía, puesto que consideraba á Martina como su mujer.

—¿Cómo usted, que dice que tiene tan flaca memoria para las fechas—insistía Consuelo,—recuerda esa tan bien?

—Por la coincidencia—replicaba Pío Cid—de que ese día es el del Patrón de la ciudad donde yo nací, San Cecilio.

—Sería usted poco tiempo novio de su esposa—remachaba Consuelo.

—Poquísimos — aseveraba muy grave Pío Cid.—Como no soy ningún niño, no iba á gastar el tiempo en preámbulos.

—He oído decir—preguntaba otro día Consuelo—que Martina, su esposa, es una beldad de las que pocas se ven.

—En eso hay exageración—contestaba Pío Cid.—No es fea, y hasta se la podría llamar

hermosa; pero su mérito principal no es su figura, sino su humanidad. Es una verdadera mujer, sin aliño, compostura ni refinamiento, con todas las buenas y malas cualidades que la mujer posee por naturaleza. Su tipo es muy diferente del de usted, y, no obstante, yo les hallo á ustedes dos un extraordinario parecido.

—¿Y una prima que tiene—preguntaba Consuelo,—que se llama Candelaria? Me han dicho también que es una bellísima rubia, casi albina, que no parece española.

—Candelita, como la llamamos—respondía Pío Cid,—es un primor, y tiene un talento clarísimo; parece más delicada que Martina, porque es pequeña y delgadita; pero espiritualmente es muy enérgica y su carácter es casi varonil, aunque desigual.

—Está usted rodeado de bellezas—terminaba Consuelo.—No se dirá que es usted hombre de mal gusto.

—El azar es mi mejor amigo—decía Pío Cid sentenciosamente,—y el azar lo ha querido así.

—¿Porqué me dijo usted días pasados—preguntaba Consuelo en otra ocasión—que no le gusta pasear más que á pie? ¿Cree usted que yo hago mal en montar á caballo? Pues ¿y si me hubiera usted visto cuando estábamos en París, que montaba todos los días en bicicleta?

—No creo que sean malos esos ejercicios—

contestaba Pío Cid;—pero si se exageran, tienen el inconveniente de aturdir nuestro espíritu y privarle de su facultad más elevada: la contemplación. Nuestro organismo está hecho para percibir en reposo ó en movimiento no muy apresurado, como es el que naturalmente marcan al andar los pies, que son nuestro medio propio de locomoción. Si apresuramos artificialmente el movimiento, las cosas que nos rodean son percibidas con tanta rapidez, que sólo queda de ellas lo más grosero de la forma, desapareciendo cuanto de espiritual y delicado tienen. Cuando viajamos muchas horas en tren, al descender, todos los objetos son prosaicos; hemos perdido momentáneamente la facultad de contemplar y nos queda sólo la de ver, y al ver nos parecen más vulgares las cosas inmóviles que las que antes fugaces cruzaban delante de nuestros ojos. Y no crea usted que es grano de anís la facultad de contemplar: es quizás la única que nos diferencia del hombre primitivo y salvaje, que por no saber contemplar las cosas no descubren las relaciones espirituales que hay entre ellas y el hombre, y se limita á expresar sensaciones materiales por medio de unas cuantas palabras indispensables para la vida corporal.

—Pero ¿cómo sabe usted—preguntaba Consuelo.—lo que les ocurre á los salvajes?

—Son muchos los exploradores—respondía Pío Cid eludiendo la pregunta—que han

estudiado las costumbres de los salvajes, y aunque algunos no se han metido en estas honduras, y otros han creído quizás que cuando los salvajes se quedan absortos y como embebecidos están contemplando, ni más ni menos que nosotros, no falta quien haya llevado más lejos las indagaciones y haya descubierto que la absorción del salvaje es pasiva, una especie de aturdimiento, que nada tiene que ver con la contemplación de lo espiritual, que brota de las entrañas de los seres. Lo que nosotros percibimos por la contemplación es para el salvaje tan confuso, como lo es para nosotros la armonía universal, que sospechamos que nos envuelve cual melodía inefable, engendrada por el movimiento concertado de los átomos, pero que no podemos gozar porque nuestros sentidos son demasiado groseros para percibir tan sutiles sublimidades. Un hombre en quien la actividad excesiva ha destruído el hábito de la contemplación, es un salvaje aunque vaya vestido á la última moda.

—Eso es decirme indirectamente — interrumpía Consuelo riendo— que yo soy también una salvajesa, ó como se diga.

—No era esa mi intención— bromeaba Pío Cid;— y, además, usted monta á caballo, y si no galopa con exceso ni trota en demasía, y se contenta con ir al paso ó á un trotecillo moderado, casi es lo mismo que si paseara á pie. Pero de todos modos, bueno es que la gimnasia no sea exclusivamente física; pues

por mucho que interese el vigor del cuerpo, más debe interesar el del espíritu, y no comprendo cómo son tan pocos los que practican la gimnasia espiritual.

—¿Cree usted que yo no leo ni estudio?— replicaba Consuelo.

—Leer ó estudiar no es todo— decía Pío Cid. Los ejercicios espirituales son materia complicada, y quizás no haya arte tan difícil y hondo como el de dar vuelo al espíritu, manteniéndole ligado á la Naturaleza, de la que no debe separarse, so pena de morir como el pez fuera del agua ó como el árbol arrancado de la tierra. Y lo hondo y difícil de ese arte se comprende considerando que su fundamento es el amor. El maestro de ese arte ha de amar á sus discípulos, y si no los ama, no les enseñará ni el abecé. La lectura es un ejercicio bueno cuando se lee lo que nos conviene, y malo cuando se leen libros que, aun siendo admirables, no producen en nuestra inteligencia una impresión benéfica. ¿Qué es lo que le gusta á usted leer?

—Poesías— contestaba Consuelo;— novelas también; pero son muy pocas las que me agradan.

—Su poeta favorito será Campoamor— decía Pío Cid, como si estuviese seguro.

—¿Cómo lo sabe usted?— preguntaba Consuelo.

—Porque usted es humorista por naturaleza— contestaba Pío Cid.— El humorismo nace

de una contradicción espiritual que usted posee y que le sale á la cara. Usted tiene la risa en su nariz, graciosa y rebelde, y el llanto en lo hondo de sus ojos, tristes.....

—Vaya, que tiene usted unas ideas.....— murmuraba Consuelo bajando los ojos.

En estos diálogos, que á veces se confundían con la lección, y tenían el aire inocente del «¿Ha paseado usted mucho?—No; pero he tocado el violín.—¿Le gusta á usted bailar?—Sí; pero me gustan más las carreras de caballos», y demás preguntas y respuestas, que se cursaban en inglés, iba Pío Cid apoderándose del espíritu de Consuelo é inculcándole un sentimiento religioso extraño, que no era la devoción vulgar, sino más bien la complacencia artística de los ejercicios espirituales y la sugestión de un amor infinito, que comenzó á tomar cuerpo en soñadas visiones, que á la muchacha le causaban sumo deleite. Un día Adolfo faltó á la lección para ir con Pablo del Valle á casa de Pío Cid, donde únicamente logró hablar con D.^a Candelaria, porque las niñas hicieron como que estaban muy ocupadas á fin de que la visita no se prolongase. Entretanto Pío Cid y Consuelo tuvieron un vivo coloquio, que debía ser el último, y en el que se formara la vocación firmísima que decidió del destino de la joven. Hablaron principalmente de amor, y ella estuvo más atrevida que nunca había estado.

—Algunas veces—decía—he pensado ya si

mi vocación será religiosa; pero yo creo que si lo fuera sólo pensaría en asuntos piadosos y no tendría, como tengo, estas ansias de vida y de actividad febril y esta afición á los placeres mundanos. Quizás he tenido la desgracia de no sentir una pasión que me abriera los ojos, y, á falta de amor, me acojo á la fe, y creo ó empiezo á creer que mi felicidad está en encerrarme en un convento. Pero bien sabe Dios que tengo mis dudas y que temo echarlo todo á rodar si llegara á mis oídos una palabra de verdadero amor humano, no del que brinda la necia y viciosa juventud que nos galantea tan insulsamente que nos hace ver como detestable y vana una vida que acaso sea fecunda en goces cuando se sabe vivirla.

—No sé qué pensar—contestó Pío Cid;—pero de mí digo que, si hubiera tenido creencias, sería fraile á estas horas. Me enamora sobre todo la vida del espíritu, y son tantos los obstáculos que la entorpecen cuando se transige á vivir rodeado de las obligaciones y compromisos que la sociedad engendra, que creo preferible no empeñar el combate y volver desdeñosamente las espaldas, diciendo: «¿Qué me importa, triunfador ó derrotado, esa lucha, cuando tengo yo algo más alto adonde dirigir mis fuerzas y de donde recibir más noble premio?» Una debilidad suele costar cara, y en prueba de ello vea usted lo que me cuesta la que yo cometí saliendo de mi re-

tiro, donde vivía como un monje, y lanzándome á crear una familia. He tenido que conocer y tratar algunas personas, y por ellas me veo ahora metido en la aventura política que usted sabe, y de la que no puede salir nada bueno. He tenido la suerte de tratar á usted, que es una de las mujeres más nobles que he conocido en mi vida, y ahora sufro la tristeza de dejarla, quién sabe si para siempre.

—Eso no—interrumpió Consuelo;—aunque usted triunfe y consiga después los más altos puestos, ¿quién impide que nos sigamos tratando como buenos amigos?

—La dificultad no está en que yo triunfe—contestó Pío Cid,—ni en que consiga lo que usted dice, que no lo deseo, sino en que, tarde ó temprano, nuestros rumbos se apartarán y no volverán á reunirse. Sin contar con que á mí no me engañan mis presentimientos, y ahora presiento que no nos volveremos á ver, aunque sigamos viviendo á pocos pasos el uno del otro.

—No debe usted decir eso—afirmó resueltamente la joven;—mas por si acaso el presentimiento se cumpliera, voy á rogarle á usted que me deje un recuerdo. Adolfo me ha asegurado que es usted poeta; y aunque usted no me lo ha querido confesar, no se negará á escribirme unos versos en un álbum, en el que hay ya algunos..... «Tonterías de muchacha», dirá usted; pero son tonterías inocentes—agregó Consuelo saliendo de la sala donde daban

las lecciones en busca del álbum, con el que volvió en breve.

Pío Cid había asentido con una ligera inclinación de cabeza al deseo de su discípula, y puesto en el aprieto de componer algo, tomó la pluma que se le ofrecía é improvisó una especie de dolora, que creyó sería del agrado de la joven, y que decía así:

Yo he visto una graciosa enredadera
Sobre el césped tendida en la pradera,
Y pensé en ti.
He visto un árbol sin ramaje, muerto,
Y de plantas parásitas cubierto,
Y pensé en mí.
Y soñé que aquél árbol adoraba
La linda enredadera y la llamaba:
—Ven, y á mi cuello abrázate amorosa;
Yo seré el firme apoyo de tu vida;
Tú serás la ilusión bella y piadosa
En que mi muerte quedará escondida.

Pío Cid se interrumpió un momento, y la joven, creyendo que la poesía estaba concluída, se inclinó un poco y la leyó en voz baja, diciendo con vivo interés al terminar:

—Son muy bonitos, pero falta lo principal, porque no se sabe lo que hizo la enredadera.

—Aún falta la segunda parte—dijo Pío Cid levantándose á mojar la pluma.

Se volvió á sentar con el álbum sobre la rodilla y siguió escribiendo:

Pasó el tiempo, y la linda enredadera
Murió; yo la busqué por la pradera
Y no la vi.

Murió abrazada al árbol, solo, muerto,
Que de plantas parásitas cubierto,
Seguía allí.

Y soñé que aquel árbol suspiraba
Sumido en honda pena, y murmuraba:
—Ya somos dos los muertos: la piadosa,
Bella ilusión voló desvanecida,
Y ya vuelve á mostrar su cara odiosa
La muerte que se burla de la vida.

Consuelo tomó el libro que Pío Cid le ofrecía y concluyó de leer los versos, y volvió de nuevo á leerlos todos. Y su semblante se puso tan triste, que Pío Cid le dijo:

—A quien no fuera usted no le hubiera yo escrito unos versos tan fúnebres, que quizás estarían mejor sobre una lápida en el cementerio que en un libro de recuerdos íntimos de una niña que aún no tiene veinte años. Pero yo amo la sinceridad, y esa idea se me ha ocurrido y la he dedicado á usted, á quien, por lo mismo que la quiero, no podía ofrecerle una impresión risueña que, por estar lejos de mi ánimo, habría de tener artificiosa compostura. No me guarde usted rencor por mi ingrata franqueza.

—Al contrario—replicó la joven,—le agradezco esta prueba de estimación que me da; porque al dedicarme unos versos tan tristes, me habla como á mujer seria y formal; y es-

to me complace más que si me dedicara versos alegres y ligeros, como son todos los que hay aquí. La verdad—añadió hojeando el álbum—es la que usted ha escrito. A mí se me ocurría como más natural que la enredadera oyese al árbol y que los dos fueran felices, hallando el uno en el otro lo que á ambos les faltaba para serlo. Y, sin embargo, lo natural es que la enredadera se marchite y que, en vez de dar vida al árbol, muera ella también, y que el árbol se quede más solo y más muerto que antes estaba. Lo que más me entristece en esto, es pensar que, cuando á usted se le ocurren estas ideas, debe tener en su alma un vacío inmenso que asusta. Yo le he visto á usted siempre rehuir las conversaciones en que podía manifestar su descreimiento; pero, á pesar de su discreción, me parece ver en usted el hombre de menos fe que existe en el mundo; y si además de no tener fe no tiene tampoco alegría de vivir, ni esperanzas, ni ilusiones, ni ambición, su existencia será como la de ese árbol muerto de que habla aquí. Y lo que más me extraña es que haya usted despertado en mí sentimientos religiosos que estaban adormecidos. Quizás la pena que usted tiene por vivir sin creencias le inspire ese deseo de fortificarlas en los demás, porque de otro modo es usted incomprendible.

—No es usted sola—contestó Pío Cid—quien ha notado en mí esa desilusión aparente de

mi vida. Porque estamos acostumbrados á ver á los hombres luchar por ideas convencionales, y cuando un hombre lucha, ó mejor, trabaja sin guiarse por ninguna de esas ideas, se le cree desventurado, necio ó loco; pero nadie es capaz de penetrar en el pensamiento ajeno, y bien podría suceder que el que vive sin ideas fijas ó dejándose llevar de impulsos contradictorios, tuviera dentro de sí un ideal muy alto y permanente. ¿Cómo se concibe que un hombre irreligioso trabaje en pro de la religión unas veces, y otras en contra de ella, y que ese hombre no se mueva sin rumbo fijo, sino que sea tan firme é inmovible como el árbol muerto, que muerto sigue clavado en tierra, mientras algunas de sus raíces están quizá echando retoños? Esto ocurre porque la muerte es fecunda y crea la vida, aunque sea sólo para entretenerse con ella; y un hombre que llevase la muerte absoluta dentro de su espíritu, y que se viera obligado á trabajar, sería un creador portentoso, porque no teniendo ya ideas de vida, que siempre son pequeñas y miserables, crearía con ideas de muerte, que son más amplias y nobles. Si ha habido un Creador que ha creado cuanto existe de la nada ó de la muerte para que acabe en la muerte y en la nada, y entre estos dos términos fatales ha dejado que la vida se desarrolle libremente, yo creo que reniegan de ese gran Artífice cuantos se empeñan en someter la vida á una idea personal y mezquina. Mejor

es echar leña al fuego donde le hay, trabajar en favor de cuantos se esfuerzan por levantar su espíritu á las alturas ideales. Vulgar es la comparación, pero exacta. Yo encuentro á un hombre caído en medio de la calle, y le ayudo á ponerse en pie, y después le dejo ir sin preguntarle adónde va. ¿Sería justo que por haberle levantado le obligase á venirse conmigo? Pues esto hacen los hombres, todos los hombres, cuando prestan un servicio intelectual; lo prestan para que el discípulo se someta á las ideas del maestro. Yo no he preguntado jamás á nadie las ideas que profesa ni he intentado cambiárselas por otras, porque yo mismo carezco de ideas personales, y si tengo alguna, la menosprecio mientras no se depura y se convierte en idea humana. Usted es religiosa, yo lo he comprendido así, y he notado que lo más firme que hay en usted es el sentimiento religioso, y que por él llegará usted muy alto si logra tomar vuelo. Por esto yo me he permitido influir en su ánimo, aunque estoy seguro que sin mi influencia, en usted sola se hubiera despertado ese sentimiento adormecido. Más le diré: cuando yo la vi por primera vez no sé porqué se me figuró que usted debía estar vestida de monja y que con el hábito estaría mucho más bella que con ningún otro atavío...
—Pero ¿cómo comprender—preguntó Consuelo emocionada—ese amor que usted demuestra á trabajar por todos los hombres y

su afecto á la vida monástica? Bueno que simpatizara con las Hermanas de la Caridad, que se sacrifican por sus semejantes desvalidos ó enfermos, pero no con las monjas, que viven apartadas del mundo, consagradas al rezo y á la mortificación.

—Unas y otras son dignas de que se las admire—contestó Pío Cid;—y estoy por decir que lo son más las religiosas contemplativas, porque su influencia en el mundo es más espiritual. Yo tengo una afición que le sorprenderá á usted. Me gusta pasar por las cercanías de los conventos de monjas á la hora de maitines ó vísperas, cuando llega á mi oído el vago rumor de las canciones, que me suenan á cosa inmutable y perenne como los movimientos de los astros. Para esta inquietud malsana que devora hoy á los hombres no hay mejor medicina que esos cánticos, que antes eran himnos de la fe, y ahora, por el cambio de los tiempos, son además himnos de desprecio á esta sociedad, cuya gloria se cifra en agitarse sin motivo y sin objeto. Esta afición mía la tengo desde niño, y ha influido no poco para que yo sea tan pacífico como soy y tan poco amigo de apresuramientos. Sin ella quizás sería un demagogo, y el tiempo que dedico á pensar y á contemplar y á soñar, lo dedicaría á pronunciar discursos disolventes y á fraguar asonadas y revoluciones, como tantos otros desventurados..... Pero no insisto más. Ha llegado la hora de irme, y ojalá

que, á pesar de mi presentimiento, volvamos á vernos y podamos continuar estas pláticas tan agradables, para mí al menos.

—Y para mí agradabilísimas—añadió Consuelo, mientras Pío Cid le cogía una mano entre las dos suyas y se la llevaba á los labios.

Sin decir más se separaron, quedando Consuelo muy preocupada.

—¡Qué hombre más singular!.....—pensaba.—Quién sabe si me querrá..... y si esa idea de que yo sea monja será un refinamiento de celos..... Él es casado, ó como si lo fuera, y no ha podido portarse más caballerosamente..... Pero lo más particular es lo de haberme imaginado vestida de monja..... Voy á ver.....

Y se dirigió, leyendo en el álbum, á su alcoba, donde anduvo revolviendo su ropa, hasta que, por último, cogió un delantal blanco y almidonado, con el que se formó una especie de toca monjil, sobre la cual se prendió con alfileres un manto negro que le caía hasta los pies y que con una mano se sujetaba por debajo de la barba. Todo esto lo hacía delante del espejo de su tocador, y cuando vió la imagen de su figura transformada, se quedó mirándola con asombro y como adorándola, porque le parecía la imagen de una Dolorosa. La frente, que era lo más intelectual de la joven, se ocultaba tras la toca; parte de la barba desaparecía bajo el manto, y el rostro, así cortado, tenía una expresión más humilde. Pero el cambio transcendental de la figura estaba en el

entrecejo, que ahora parecía más alto y como contraído, dando á la fisonomía un sello de dolor inefable. Aun la nariz perdía su aire descarado y burlón y aumentaba la tristeza del rostro, porque lo que antes era respingo insolente, ahora se convertía en una como suspensión violenta, sostenida desde el entrecejo por el arrebató y transporte de la mirada. Así quedaba casi anulada la expresión altiva y maliciosa de aquel rostro, y realzada la expresión mística de los ojos, por los que ahora miraba el espíritu vencedor. Y es tal la influencia del gesto en el espíritu, que así como el dolor íntimo se exterioriza en la expresión del rostro dolorido, así el gesto del dolor puede engendrar el sufrimiento en nuestra alma.

Consuelo contempló largo rato su imagen transfigurada por la belleza del dolor, y luego entró en la alcoba, y sentándose junto á la cabecera de su lecho, apoyó la cabeza sobre las almohadas y quedó absorta y como anonadada. Su desolación era tan profunda como si hubiera perdido á todos los suyos y se hallara sola en la tierra; más aún: como si fuera madre y viera muerto á su único hijo.

Mientras tanto, Pío Cid llegaba á su casa entristecido por la conversación que había tenido con Consuelo y disgustado por tener que emprender aquella misma noche el viaje electoral á que le había comprometido Gandaria, no sin grandes esfuerzos á causa de la resistencia tenaz que Pío Cid opuso á un proyecto

que, á su entender, era descabellado. Cuantas veces le habló Gandaria de este asunto, su contestación era la misma:

—Amigo Gandaria, yo le agradezco á usted su interés en favor mío, pero jamás me sacaré usted de mi terreno. No soy tan tonto que espere ejercer, con mi insignificante personalidad, una influencia benéfica en nuestra política: ni soy tan desalmado que busque en la política mi propio medro. Dígame usted, pues, á santo de qué me voy yo á lanzar en esas aventuras electorales ni en esos calentamientos de cabeza.

—No sea usted tan exclusivista—contestaba Gandaria.—Si usted sale diputado y no quiere meterse en las intrigas del Parlamento, puede usted ser nombrado gobernador y desempeñar una misión útil, donde tendrá campo ancho para sus notables aptitudes.

—Está usted equivocado—replicaba Pío Cid—si cree que yo tengo aptitudes para gobernar. No las tengo, y aunque las tuviera no podría hacer nada del otro jueves, porque dentro de nuestro sistema, una autoridad secundaria queda cogida en el engranaje reglamentario y tiene que amoldarse á la situación que encuentra creada ya. Las provincias son feudos á la moderna, y un gobernador está obligado á marchar de acuerdo con el señor feudal que le toca en suerte. No es un gobernador, es un poder moderador. En los sistemas políticos notará usted siempre que todos los grados de

la jerarquía reflejan en tamaños diversos el tipo de la jerarquía más alta. Si hay un rey que reina y no gobierna, todas las demás autoridades mandarán y no gobernarán tampoco; y el gobierno real y positivo residirá en las más escondidas covachuelas administrativas, á cargo de seres anónimos. Si hay dos partidos que turnen, todas las ciudades, villas, pueblos, aldeas, lugares y aun caseríos, tendrán su correspondiente turno. Yo recuerdo que en mi pueblo se llevaba con tanto rigor el sistema, que turnaban hasta los barberos. Dos había, y era tan fuerte la contribución que le imponían al de oposición, que le obligaban á cerrar temporalmente el establecimiento y á dedicarse á otro oficio; el de la derecha tenía que recoger basura, y el de la izquierda emigraba á un pueblo vecino, donde un su yerno que allí vivía le daba de mal comer á cambio de buenas cavadas en los bancales que labraba.....

—Y ¿cuál era mejor barbero?—preguntó Gandaria con la curiosidad infantil que se le despertaba siempre que oía hablar de cosas de la vida vulgar, de las que él estaba en mantillas.

—Yo no lo sé—contestó Pío Cid,—porque no he dejado nunca que nadie me afeite, y aún llevo la primera barba que me salió; pero la gente decía que el tío Zambomba, que era el barbero reaccionario, manejaba la navaja como una hoz, y que cuando se ponía á des-

cañonar, más que barbero parecía segador metido en faena. En cuanto al compadre Elías, su radicalismo le hacía más temible. De él se contaba un chascarrillo quizás inventado por sus adversarios, á juzgar por la mala intención. Decían que cuando empuñaba la navaja, todos los gatos del pueblo entraban en la barbería, é inquietos maullaban á su alrededor como si en lugar de ver á un barbero afeitando á un hombre, vieran á una cocinera desollando un conejo. El paciente parroquiano preguntaba la razón de aquellos maullidos, y el compadre Elías contestaba entonces con gran flema: «No se asuste usted, amigo; es que están esperando que caiga alguna piltrafa.....» Pero, cuentos aparte—concluyó Pío Cid, mientras Gandaria se desternillaba de risa,—lo que yo quería decirle á usted es que un hombre puede mucho cuando expone ideas que influyen con el tiempo para cambiar los rumbos de la sociedad, y no puede nada cuando pretende reformar con su acción aislada lo que es malo por culpa de todos.

Así se iba defendiendo nuestro buen Pío Cid contra las malas tentaciones, cuando un revés inesperado dió pie para que Gandaria se saliera con la suya. Entre los compañeros de oficina de Pío Cid había uno, llamado Salas, que le trataba con cierta intimidad y venía á buscarle de vez en cuando para invitarle á dar un paseo. Pío Cid no tenía carácter para desairar á nadie, y le recibía amistosamente, aunque